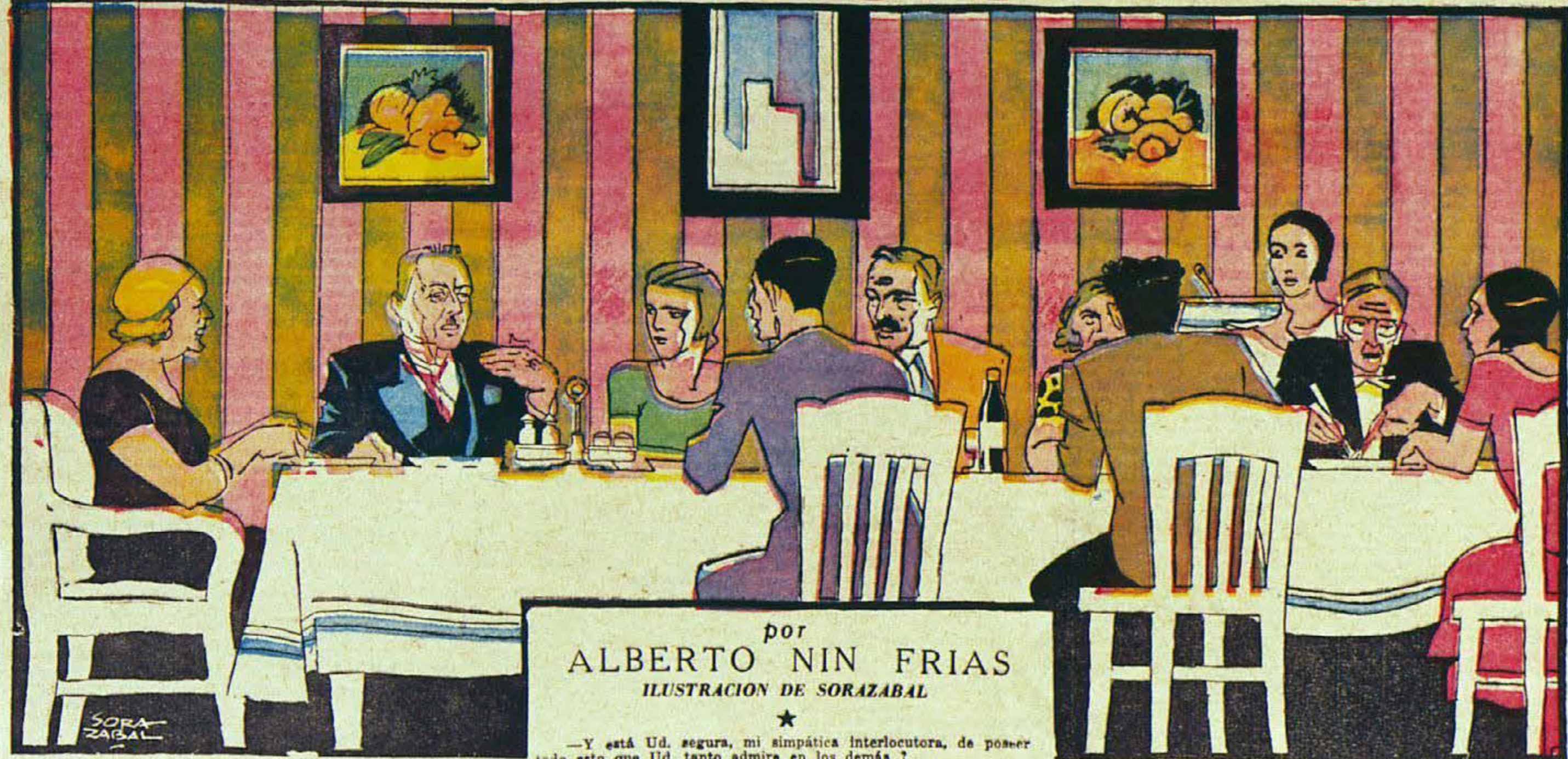


EL DESPERTADOR DE CONCIENCIAS



por
ALBERTO NIN FRIAS
ILUSTRACION DE SORAZABAL

—Y está Ud. segura, mi simpática interlocutora, de poseer todo esto que Ud. tanto admira en los demás?
—No esperaba salida tan abrupta de un tan atildado caballero. Como todos los hombres, es Ud. hiriente con las mujeres cuya frescura está pasando... y los ojos de la solterona se nublaron de lágrimas. Experimentó entonces esa sensación de lontananza que había hecho perder su aplomo a la Hodler. Hubiera deseado desaparecer, tan falsa y vana se sentía bajo los afeites y los vaporesos tules, impropios de una juventud que había durado ya mucho tiempo.
Como adivinándola, Von Stolz, prosiguió: Debemos dar cuenta

"Ahora será nuestro turno", observó Cuenca a su compañero del Solar.
Despaciosamente comenzó el anciano a contar un cuento: en una ciudad de Persia se habían reunido tres estudiantes mozos. Eran huérfanos a su modo, y después de no menudos sufrimientos, comprendieron que solos no adelantarían en el mundo. Resolvieron vivir juntos y poseer todo en común. Llegó la hora de separarse, y a uno de ellos ocurriósele el pactar solemnemente que aquel que más prosperase de los tres, llamaría a su lado a los otros dos para compartir su fortuna...
Al principio de este apólogo se cruzaban entre los dos camaradas, risitas y ojeadas picarones. Luego, cada cual empezó añorando su infancia feliz, a su adolescencia llena de ensueños generosos y a la juventud, en cambio, llena de sombras y fallas. Traiciones, deslealtades, adulación al poderoso y menoscabo de sus méritos al desvalido talentoso, de todo ello había habido en abundancia en estos adoradores del azar.
Produjose un silencio penoso: la nostalgia ronda por todo, cosa exquisita. Sin muchos cumplidos, cabizbajos, sendos dieron las buenas noches.
Ello puso fin a la primer jornada del extraño personaje.

Deslizáronse cada vez más apacibles los días de los huéspedes heterogéneos de la Pensión Hodler. La perenne visión de otro mundo, traída sin violencia por von Stolz, aún más elocuente en sus largos silencios que en sus pláticas, hizo lo que el agua al acero candiente, templó las almas y renovóse la confianza que cada uno tenía en sí mismo. El optimismo había renacido en el ambiente. Semeljaban los huéspedes seres como vueltos a la vida después de una penosa dolencia.
Repuso ya von Stolz, pensó en la partida. Iba a dejar la casa, tan inesperadamente como había entrado en ella. Solo Juanita, la doncella, conocía a fondo su secreto. Ella habría de acompañarlo desde ahí en adelante. Ella fué quien le abrió la puerta, con ella, la franquaría para siempre. Ya todo estaba listo para la vuelta a Alemania.
Era la víspera del partir. Halló el anciano a Graziela en el pasillo, e imponiéndole un oportuno silencio, díjole: Me quiero despedir de Ud. Tengo la certidumbre que muy luego se casa usted y, será feliz.
—No le he de olvidar jamás, replicó ella muy conmovida. He de responder a la voz de mi corazón.
En el jardín encontró a la señorita Zamora. "No le dejaré a usted un mal recuerdo, cuando me ausente?"
Con intensa emoción ella asió con fuerza la mano del extranjero: Antes al contrario, noble amigo. Le debo a usted un señalado servicio. ¿No me hizo Ud. comprender que se puede continuar agradando cuando ya se han marchitado las mejillas y apagado el poder centelleante de los ojos? Estoy convencida de que cuando cesa de interesar el físico, puede comenzar a atraer el alma. Los recuerdos, la experiencia, la sabiduría, forman una nueva personalidad.

El mundo necesita hoy más que nunca de bondad y sabia comprensión. Era este el postulado que traía desde la Europa sombría, Enrique von Stolz, hombre de una edad indefinida, cuya sabiduría se resolvió en una grande y atractiva humildad. Su porte erguido era el de un militar habituado al mando. No siempre había poseído el esta misteriosa confianza en sí mismo. La guerra le había arrebatado a sus dos hijos y a su esposa, y con ellos se había ido su orgullo desmedido y aparecido en su lugar, una bondad que suplía a la más alta inteligencia, por su poder de dominio sobre los demás.
El transatlántico "Antonio Delfino" acaba de llegar. Von Stolz atañaba a Buenos Aires como a un enigma. ¿Cómo corresponderá la urbe a su bondad? ¿Será la humanidad idéntica en todas partes? Hablando pasado por la enojosa Adunata, el anciano joven se hizo llevar a la Pensión Hodler, en Belgrano. Al ser preguntado el vigilante por esta última, emitió este juicio inapelable:
—¿Y va a parar Ud. a lo de esa lechuga pintarrajeada?
A lo que replicó el anciano:
—Es sin duda esa viuda una pobre mujer de la cual todos han querido abusar, y siguió su camino.
Resultante llamó a la puerta de una antigua casa de tres pisos. La otrora señorial mansión estaba en su período trágico-erótico. Una joven criada, de esas que son duramente tratadas porque no se les paga, abrió la puerta. Ocultando tímidamente el sucio delantal, miró asombrada los dulces ojos del visitante. Apenas articuló: "¿qué desea Ud., caballero?" — cuando intervino la agria voz de la Señora Hodler. Mientras se retiraba la doncella el anciano golpeó paternalmente a la joven:
—Vete hija!, quién tuviera tu inocencia y tu juventud!
Dominando el odio a Juana, la viuda se hizo de dignidad bondadosa. Mientras maquinaba subir el precio del cuarto, musicalizó un: ¿en qué puedo servir al caballero?
El anciano la penetró de la luz de su bondad, hasta ponerla a aquella nerviosísima.
—Conoció a su difunto esposo en Hamburgo; todo un caballero, noble, sincero, generoso...
¿Dónde habría ella visto a este rostro? Le sugería todo un mundo de recuerdos. Se sentía mezcruza y anhelo de sorprender la buena fe de sus clientes.
—Vengo de Alemania para descansar a esta tierra de la abundancia. Encontraré aquí al hombre bueno? Necesito un cuarto modesto, comida sana, caridad para mis defectos.
—El único cuarto disponible es el ocupado hasta poco ha por una viuda de abolegno, venida a menos. Su precio... ciento cincuenta pesos, pero como fué amigo del difunto (aquí caen copiosas lágrimas) se lo dejaré en ciento treinta...
—Ha adivinado, soy pobre. He tenido hartos que pagar tributo a las apariencias.

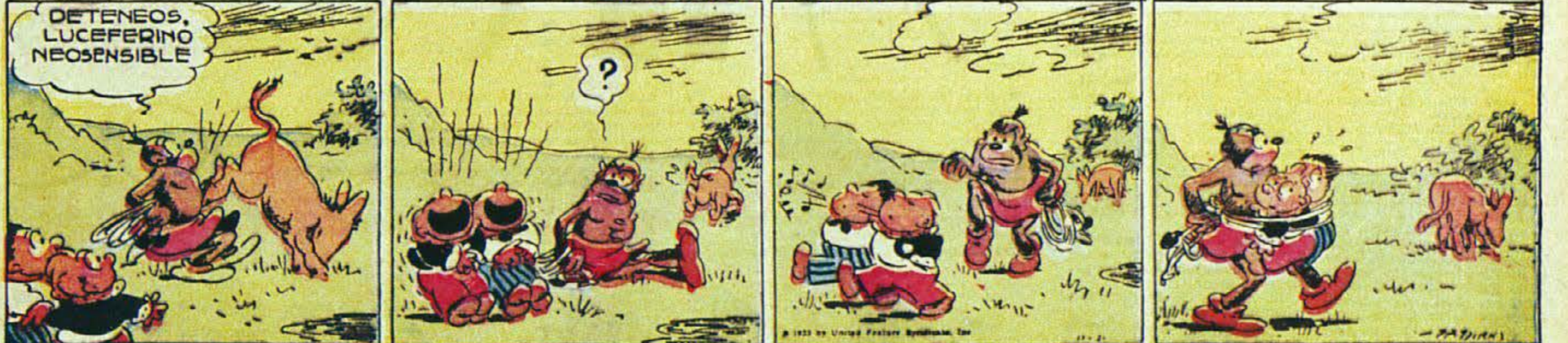
del empleo de cada momento. Como las estaciones, nuestra vida tiene cuatro aspectos: no podemos vivir en el otoño como lo hicimos en la primavera incitante y amable. Llámase en Inglaterra a los ardeceros otoñales, tardes de oro, y así se me figura ésta, su edad, en que se debe impresionar a los demás como dueños de nosotros mismos...
Por toda respuesta la señorita Zamora, asaz conmovida, exclamó secamente: Buenas noches!

En las primeras horas frescas del amanecer, cuando las estrellas van apagándose, la pesada puerta de la pensión se cerraba para siempre tras el anciano y Juanita, que de ahí en adelante, sería su hija adoptiva.
Dejaban atrás, en el recuerdo luminoso de una bondadosa sabiduría, algo impercedero, realizándose así acaso la verdad: que en lo espiritual nace lo que hay de mejor en nuestro ser.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



EGLOGA ANTIGUA



EL RAID DE LOS DOS



UNA ACTITUD HEROICA



ESTANDO SOLOS

Es la hora de la cena. La Hodler se ha instalado muy peripuesta en un gran butacón; finge leer. Es la señal que esperan los huéspedes para entrar al comedor. Con andar teatral aparece la señorita Zamora Vega. Delata estar entroncada con gentes de gran fortuna, que si bien las desdennan por ser pobre, ella en cambio los recuerda en todo momento. Rouge, melena, creme Simon: hela aquí con sus cejas lineales. Cruza por su cerebro de solterona sin resignación, la idea de que el novel caballero pudiera acaso resultar un aspirante a su mano.
Avanzan de la calle una pareja entrada, en años. Evidentemente son casados, pues no tardan en aparecer el perro y el gato que cada uno lleva consigo, cuando se vive en estrecha enemistad. Dificultades financieras insalvables, han agriado el carácter de estos torolos fingidos. El casar a su hija Graziela es su constante preocupación, pues su porvenir va envuelto en la venta matrimonial de aquella con un lejano pariente millonario. La naturaleza ardorosa había dispuesto en otra forma del corazón de la moza. Se debatía ella entre lo útil y lo agradable, en forma de un apuesto y atrevido empleado de banco.
Prorrumpen bulliciosos dos atletas modernos, patoteros, más no del género sentimental, casas humanas de más fachada que fondo. Entra luego arrogante un viejo cronista social. No era fácil entrar en su "libro de oro". Su más acabada especialidad, después de las líneas recordatorias de las fechas íntimas, eran las reseñas neorológicas, en que adornaba a los extintos con todas las virtudes, sistemáticamente negadas, mientras habían existido. De tanto derrochar amabilidades, Antofito Pujares se había quedado sin virtudes y sin pizen de sentido común. Contaba además que la marquesa X tenía cuatro aparatos íntimos y que la viuda Y llegaba en las desgracias, inmediatamente después de la Asistencia Pública.
Tras unas gafas de oro reluciente irrumpió un individuo de unos cuarenta años: coronaba su testa, pretencioso "toupet". Era este huésped, Mr. Thebes, como se le apodaba, mezcla del mundano y del restaurador que quiere pasar por rico a toda costa.
Al oclumbrar a von Stolz que bajaba, la Hodler echó una mirada de conocer sobre sus huéspedes y les invitó a pasar al comedor. No bien se hubieron instalado, comenzó la discción del recién llegado.
"¿Qué caballero más distinguido", musitó la señorita Zamora Vega.
Los mozos de contectura atlética se miraron de reojo, mientras especulaban en qué combinación podían incluir al anciano de aspecto tan inofensivo.
El coronel retirado y su consorte cuchicheaban muy queco, más o menos sobre este tema: de dónde habría salido este encanto para haberse refugiado en esta guarida de fundidos.
Por vez primera el psicólogo, se abstuvo de hacer su horoscopo, sentíase más bien inclinado a preguntarle al anciano muchas cosas que ignoraba y para las cuales su confuso saber, no hallaba la respuesta adecuada.
El cronista social repetía sin tregua el apellido del huésped. "No me suena" — se decía —. Ello no obstante, su caballeridad le hacía presumir fuese un príncipe destronado o un ex dignatario del desaparecido Imperio Alemán. "Daré la noticia de su arribo, en 'El Espejo de la Patria', a severos para sus adentros."
Mientras sería Juanita experimentaba cada vez más la fascinación del extranjero, cuyo trato le hacía pensar en cuanto había carecido en el Asilo de Huérfanos y le faltaba en su actual situación; alguien por quien desearía poder sacrificarse.
La fruta ha sido servida. Se pasa al salón a gustar del café. Von Stolz se dirige a Graziela: por qué no toca el piano, señorita? Interpreta ella entonces tan apasionadamente un "romance sans paroles", que el anciano lee sin dificultad en su torturado corazón, y le dice: El verdadero amor, aquel que se recuerda durante toda la vida como lo más maravilloso que ella nos puede dar, se nos presenta siempre como algo ineludible.
Siga su corazón; de todos los caminos es el menos peligroso. Y defendiéndola pensativa se fué a conversar con la señorita Zamora. Intensificando sus artes de seducción, díjole esta última: Me atreveré a decirle que Ud. me atrae! Me gustan los hombres caballeros: francos, nobles, distinguidos.